

La noche de Cienfuegos

Impresiones de un cicloturista durante el período especial

Vladimir Guerrero

EL PLANO DE LA CASA CONSISTE EN UN GRAN PATIO CENTRAL rodeado por tres partes; los dormitorios de un lado, una enorme cocina comedor del otro, y el salón en el centro, todos bajo un techo de teja criolla que desagua en el patio, a la sombra de un enorme almendro centenario. Aún a mediodía el sombreado patio es fresco y tranquilo, distante del trajín de la ciudad. Las vigas de madera del salón ascienden hacia el muro de la calle hasta encontrar cuatro largos ventanales enrejados, con persianas blancas y un semicírculo de cristales coloreados arriba del todo. A lo lejos canta un gallo. De vez en cuando otro muy lejos, le contesta.

Viniendo por la carretera con el viento a favor desde Trinidad llegué a primera hora de la tarde, a tiempo para una ducha fría y una siesta. Ahora, al terminar la tarde, me siento a escribir en el patio con un clima de diciembre que me resulta increíble, una temperatura demasiado fresca para los mosquitos, y absolutamente ideal para los turistas canadienses y europeos. El aroma de pescado frito llena el patio. Con tres huéspedes en casa Elisa esta tarde compró un pez espada por 200 pesos, moneda nacional. Justamente estaba discutiendo con el pescador cuando llegué.

Los sillones de mimbre y la mecedora rechinan a coro. El canadiense va por su segundo vasito de ron. Su compañera de viaje podría pasar por nieta suya, si su hijo se hubiera casado con una negra. A falta de conversación, Luis, el marido de Elisa, enciende la televisión, lo cual nos evita el esfuerzo de decir trivialidades. El programa es un episodio de una serie histórica sobre la Guerra de Independencia. Ocurre sobre 1895 ó 96 y los mambís, blancos

y negros, mal equipados con machetes, luchan unidos contra España. Por otra parte los militares españoles en uniformes impecables, parecen crueles e incompetentes, y hablan castellano con acento cubano. Sin duda este programa no tiene participación de Televisión Española.

Las ruedas de pez espada ya están listas y huelen a maravilla. El grupo reunido esta noche en un patio colonial de Cienfuegos resulta algo inverosímil. Consiste en los dueños de la casa, Luis y Elisa, obreros ejemplares jubilados los dos, nombrados respectivamente «Vanguardia Nacional» en años distintos; un turista canadiense viajando por Cuba con una chica de Varadero, y un maestro de escuela de Noruega. Elisa ha preparado una cena deliciosa para los cinco; el pescado jugoso y con buen color, arroz blanco con frijoles negros, yuca con mojito, plátanos fritos, y hasta ensalada con aceite y vinagre.

Y como si esto no fuera suficiente, a pesar de la Guerra de Independencia que transcurre en la pequeña pantalla, ahora nos entretiene con su muy amena conversación. El año cuando le honraron como maestra modelo de la provincia, recibieron un viaje de dos semanas a la Unión Soviética, con todos los gastos pagos; –Moscú, Kiev, Stalingrado... ¡Maravilloso!–. Cuando Luis, el jefe de mantenimiento de un central azucarero, fue nombrado Vanguardia Nacional ganó el derecho de comprar un Lada, que todavía tiene. –Muy buena máquina, chico, tiene más de 200.000 kilómetros, y sin problemas.

Entonces todo era distinto. El esfuerzo no costaba. Todos tenían fe en el porvenir y la cooperación era natural y espontánea. Con un suministro continuo de caña él podía moler toda la zafra sin interrupciones mecánicas. Desde 1960 cuando el último de los ingenieros de la empresa se había marchado del país, le habían nombrado jefe de mantenimiento. Él era el mecánico que conocía todo, hijo a su vez de un empleado, había empezado a trabajar de ayudante a los trece años. Había armado más filtros y cambiado más juntas en más bombas que nadie. Y durante los primeros años la producción de azúcar hasta había aumentado. En una ocasión se acuerda que para no interrumpir la molienda estuvo trabajando 76 horas consecutivas, y sus hombres con él. La gente entonces creía en la revolución. Fue por esa época que nacieron sus hijos. Marta, la primera, en el 60 y Pepito en el 62. ¡Buenos muchachos!

La Guerra de Independencia parece que está terminando pero mi esperanza de tranquilidad acústica se ve frustrada por el *Noticiero de Televisión*. Doscientas ochenta caballerías serán sembradas de café en Pinar del Río. El Ejército de Occidente está terminando sus ejercicios de invierno (una formación de cazas a reacción MIG llenan la pantalla) y Fidel Castro termina su visita a Vietnam. Los ecos de su discurso llenan el patio procedentes de las casas vecinas a los dos lados, de la de atrás y de la de enfrente.

Oportunamente se va la luz, y un delicioso silencio desciende sobre Cienfuegos. A la luz de una lámpara de kerosene se oye a Elisa lavando los platos. En el patio Luis nos habla de sus hijos con el amor apenas disimulado de padre orgulloso. Marta se hizo ginecóloga y Pepito se graduó con distinción de Ingeniería Industrial. Sí, los dos están casados pero aún no tenemos nietos.

Elisa limpia la mesa y el grupo se traslada a los sillones. Un vecino, el médico

del barrio, entra de la calle y se une al grupo. Parece ser una rutina diaria. El canadiense y su pareja parecen incómodos pero tienen miedo de salir a andar mientras falte la luz. Las irregularidades del pavimento y los desagües abiertos son peligrosos aún cuando se pueden ver. Inevitablemente la conversación pasa, como ocurre a menudo, al costo de la vida, al *período especial*, a la situación.

¡200 pesos por un pez espada...! ¿Puedes crearlo? El sueldo del médico, a quien va dirigida la pregunta, es de 350 pesos al mes. A 25 pesos por dólar, los 15 dólares que yo pago por el cuarto por una noche, rebasan su sueldo de un mes entero. Por quinceava vez en dos semanas me dan la explicación de la cartilla de racionamiento. Tantas libras de arroz, de azúcar, de frijoles, tantas onzas de café al mes... y todavía nos deben el café del mes pasado. Ni jabón, ni bombillos, ni papel higiénico... Éstos hay que comprarlos en el «chopi» (el *shopping*; las tiendas en dólares). La explicación casi siempre va acompañada de la cartulina gris cubierta de plástico transparente donde la narradora con su dedo índice insiste en mostrarme la evidencia.

La primera vez que me lo explicaron no había estado en La Habana ni 24 horas. Con el cambio de horas me desperté muy temprano, armé la bicicleta en mi cuarto y salí del hotel a dar una vuelta. Me senté en un banco del Parque Central para ajustar las zapatillas de los frenos al lado de una enorme señora negra. Como en Cuba la conversación fluye tan natural y espontánea como la brisa del mar, la señora no perdió tiempo en dirigirse a mí.

¿De dónde venía? ¿Era todo tan caro en Noruega? ¿Por qué hablaba español tan clarito? Su hijo también era maestro y su nieta acababa de empezar los estudios universitarios. Ella también había viajado por Cuba. Al principio a menudo llevaban a los trabajadores de vacaciones en «guagua». Conocía el Valle de Viñales, la Virgen del Cobre, Santiago... Yo tenía mucho por ver, y Cuba era tan bella. Si sólo las cosas no fueran tan caras. Hasta los dulces. Ahora sólo había en el «chopi». —Y no es que esté pidiendo, —añadió inmediatamente, como avergonzada. —Tengo dinero, —dijo a la vez que me mostraba un rollo de pesos de varios colores. Acto seguido sacó la cartilla gris cubierta de plástico transparente y me dio la explicación.

Otro vecino y su mujer entraron de la calle, el hombre estrechándole a todos la mano, la mujer dándole un beso en la mejilla a cada uno, a medida que Luis hacía las presentaciones. Elisa estaba terminando de limpiar en la cocina. En el patio, a la luz de la lámpara de kerosene se distinguía un grupo de mulatos, blancos y negros. La conversación entre ellos, relajada y amena, los turistas más bien escuchando en silencio.

Las preparaciones para la zafra estaban terminando. Algunas cosechadoras habían sido modificadas y equipadas con motores diesel de Suecia. Los centrales eran un nido de actividad y pronto despertarían sus enormes calderas. La semana pasada habían llamado a Luis del ingenio para ayudar con un problema. Nada grave, sólo unos días de trabajo voluntario, que él hacía con gusto.

Pero los pronósticos para la zafra eran modestos. En los últimos años la cosecha era apenas un poco más de la mitad de lo que había sido normal antes del 59. Escaseaba el abono, las nuevas variedades de caña no habían

resultado tan apropiadas como estaba previsto, la infraestructura estaba anticuada y en malas condiciones, faltaban repuestos para casi todo... y sí, también la gente estaba cansada. Parecía como si hubieran perdido la fe. La supervivencia de cada uno se había vuelto más importante que el sueño colectivo.

Oyendo estos comentarios de los vecinos no pude menos que pensar en todos los individuos que durante las dos semanas que llevaba en Cuba, habían hecho tanto por ayudarme. Al intentar coger un tren a las seis de la mañana en Santa Clara, la joven azafata que revisaba los billetes sobre el andén me dijo secamente: —La bicicleta está prohibida, —a la vez que me impedía subir y no me ofrecía alternativa ninguna. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, un hombre a mi lado, con quien había estado hablando durante más de una hora en la fila de espera, respondió: —Esto no es una bicicleta... Es equipaje, —le dijo, y volviéndose a mí: —Desármala rápido. Dos segundos después estaba en la escalera con mis ruedas en la mano, mientras yo pasaba junto a la azafata con el cuatro de la bici bajo el brazo. Entre los dos la acomodamos entre un asiento y la pared y el «equipaje» desapareció de vista.

El hablar «clarito» ayuda mucho pero no todas las palabras sencillas, como un «sí» o un «no», tienen en Cuba un significado tan consistente como se dice en los libros de texto. Con los transportes públicos insuficientes para la demanda y regularmente abarrotados de público, la bicicleta también está prohibida en los autobuses. Pero más de una vez el conductor o el chófer se las arreglaron para esconder la mía en algún sitio, o me bajaron antes de entrar en la ciudad para evitar ser vistos por algún inspector. Una y otra vez los individuos que desinteresadamente se ofrecieron para ayudarme fueron muchos más que los pocos funcionarios que me crearon dificultades.

El canadiense acaba de abrir una segunda botella de ron comprada en el «chopi». El ron también está en la cartilla de racionamiento a razón de dos botellas al mes. Un joven con un bongó, aparentemente un compañero universitario de Pepito, viene a anunciar que Florencia llegó de Miami esta misma tarde y que tiene un video para Elisa. Después de saludar con un beso en la mejilla a cada una de las mujeres presentes y estrechar la mano de cada hombre, se une al grupo de pie. Se oyen varias conversaciones al mismo tiempo.

Me sorprende aprender que hay un vuelo regular entre La Habana y Miami, y que individuos superdotados de perseverancia logran convencer a la burocracia de ambos países en número suficiente para justificar el servicio. La hermana de Florencia, a quien no había visto en 34 años, se estaba muriendo de cáncer en la Florida (ya murió) y Florencia logró obtener permiso de salida y visa de entrada para hacer el viaje. Naturalmente también aprovechó para ver a sus hijos, y a nietos que no conocía, y a tantos primos y parientes, y antiguos vecinos. El joven va repitiendo de segunda mano todo lo que él le ha oído contar. Luis y Elisa escuchan atentamente cada palabra. Parece que María la monja también volvió en el mismo vuelo.

El médico y el canadiense están hablando de la salud pública y del sistema en sus respectivos países. El médico le confiesa que las cosas no están tan bien como solían, otra vez el período especial, escasea casi todo. ¿Para qué sirve

diagnosticar la otitis del niño cuando no se encuentran antibióticos? Hasta les llaman la atención cuando recetan medicinas que deberían de saber que no se encuentran. Por eso tantas visitas en estos días terminan con el médico preguntándole al paciente qué tiene en casa, y si es aspirina, eso le receta.

Por suerte está la monjita María. Como miembro de ese irritante que es la Iglesia, María viaja a Miami una vez al año, a veces más. —Y siempre vuelve por lo menos con una maleta llena de medicinas, que ayudan algo. Nos deja saber qué es lo que tiene. A veces son productos caducados que recoge gratis. Pero más efectivos que la aspirina.

El médico fue compañero de promoción de Marta en la Universidad de La Habana; el del bongó es un amigo de infancia de Pepito. La facilidad de la conversación, la naturalidad de la risa y la confianza con los padres revela una relación de muchos años. —No sólo son del barrio —dice Luis—, prácticamente crecieron en esta casa. La diferencia de generaciones y de razas desaparece en la caótica conversación. ¿Quién habla? ¿Quién escucha? Para los turistas es imposible seguir los cambios, pero gracias al apagón, por lo menos no tienen que competir con el *Noticiero Nacional*. Pedacitos de recuerdos vuelan como tormenta por el patio, la infancia, la adolescencia, los noviazgos, los grandes proyectos, los estudios... Hablan con las manos, se tocan, estalla la risa, un gesto, un recuerdo compartido. En la noche de Cienfuegos la vida florece desbordando un entusiasmo contagioso.

Sólo los tres huéspedes permanecen absortos observando en silencio. Los ojos del canadiense muestran el efecto del ron. Su joven compañera, que ha sido objeto de alguna atención, apenas ha dicho nada, recordando quizás a su propia familia. Sin duda es la más joven de todo el grupo. A su edad estaría más a gusto en el uniforme de la secundaria, falda mostaza y camisa blanca. ¿No fue eso el año pasado? Ahora trabaja en Varadero, una de las tantas monísimas jineteras disponibles para pasar la noche o la semana con un turista. Siempre dispuesta a acompañar a un restaurante, o de compras... o a conocer la isla. Por lo cual gana en un día lo que un ingeniero en un mes y de eso se mantiene toda la familia.

Las dos economías paralelas que coexisten son difíciles de comprender para los extranjeros y aún más para los cubanos. Los dólares son legales y circulan libremente. Los pesos son de dos tipos, la moneda nacional y el peso convertible, que dentro de Cuba es intercambiable con el dólar. El cambio entre uno y otro es de 25 a 1 en la calle. Sin embargo, oficialmente, la persona que quiere comprar una barra de jabón o una bombilla eléctrica en el chopi le paga al gobierno 30 pesos por un dólar.

Por eso el cubano que recibe su sueldo en moneda nacional, como todos, apenas gana para jabón. En Matanzas estuve en el apartamento de una viuda cuya pensión era de 72 pesos al mes. Un empleado de la Biblioteca Nacional en La Habana gana 210 pesos. Médicos, ingenieros, y abogados ganan entre 300 y 400 pesos al mes. Y en la misma escala, una jinetera casi adolescente puede ganar 15.000 pesos en un mes.

Sin previo aviso vuelve la electricidad. El discurso de Fidel ha sido sustituido en la pantalla por Meryl Streep que desciende los rápidos de un río en una

balsa de goma, hablando de vez en cuando con acento mexicano. Bonito idioma musical. Por suerte el patio está tan animado que Luis apaga el televisor.

Aunque jubilado Luis aún mantiene contacto con el central azucarero. Hablando con un vecino critica severamente lo que presencié recientemente y el aumento de nombramientos de personal técnico por razones políticas. —Habían utilizado una junta equivocada, el rodamiento estaba al revés, y naturalmente para evitar que goteara, habían apretado excesivamente. Claro que se recalentó el motor, y como los termopares no funcionaban, el automático no lo detuvo, y acabó quemándose. Estaba hablando de una de las bombas de jugo más grandes del ingenio que sería imposible reparar antes de la zafra. —Pero no se les puede decir nada, esta gente se las sabe todas... y después, si te descuidas, te echan la culpa a ti.

El que le escuchaba, aún empleado, asintió con la cabeza sin decir nada y le ofreció un cigarro, olvidándose aparentemente de que a Luis le tenían prohibido el tabaco. Hablaron después de la nueva termoeléctrica nuclear en construcción al lado de Cienfuegos.

El joven del bongó ya había repetido varias veces todo lo que había oído de Florencia así como su opinión de cada asunto. Así y todo con cada vecino que llegaba volvía a empezar. Ahora que había vuelto la electricidad esperaban que Florencia apareciera con el video de un momento a otro. Elisa parecía excesivamente nerviosa, mirando a Luis respirar hondo y despacio el humo prohibido.

El canadiense retomó el tema de la termoeléctrica nuclear, asunto sobre el cual parecía saber algo, y siguiendo la corriente de la conversación previa, se puso a criticar en su acento anglófono la falta de competencia técnica. Sus comentarios provocaron el silencio total del grupo. Aprovechando que había vuelto la luz, su amiga le propuso que salieran a dar un paseo junto a la bahía.

Fue entonces cuando llegó Florencia en una explosión de besos y abrazos. El grupo se polarizó brevemente alrededor suyo inundándola de preguntas a las que no lograba dar a basto. Sólo cuando comenzó el video, y aparecieron en la pantalla las imágenes de Marta, Pepito, y sus respectivos cónyuges, descendió por primera vez sobre el patio, un silencio absoluto y total.

Hacía ya casi dos años, durante un breve período en el que se autorizó libremente la emigración, habían salido los cuatro desde Cienfuegos en una pequeña embarcación de pescadores llegando en un par de días a Caimán Grande. Allí estuvieron detenidos unos meses por entrada ilegal, hasta que los Estados Unidos los aceptaron como refugiados y los internaron en Guantánamo. La estancia en el campamento de refugiados se prolongó interminables meses, pero por fin habían sido instalados legalmente en Florida, donde ya llevaban casi medio año.

Y ahora, por vez primera, reaparecían en la pequeña pantalla del patio de su infancia. Con una camiseta roja y una cerveza en la mano, Pepito hablaba, despacio e inseguro de cómo empezar. Pero pronto entró en calor, no pudo permanecer sentado, y dejando a los otros en el sofá, se puso de pie. La cámara lo seguía. Su cuñado se le unió y le puso el brazo sobre el hombro, también

con una cerveza en la mano. Uno bebía mientras el otro hablaba. Bromeaban y reían nerviosamente. En el sofá las dos mujeres permanecían en silencio, Marta con un pañuelo en la mano.

Cuando los hijos emigraron, Luis se había enfermado gravemente. Aunque fue durante la zafra y quería permanecer en el trabajo, no lograba funcionar. Su jefe insistió en que permaneciera en el hospital. Después de unos días le dieron de baja y Elisa pidió permiso en su trabajo para cuidarlo en casa durante su convalecencia. El arreglo duró varios meses durante los cuales Luis se encerró en un mundo de silencio, aislado y totalmente vacío. Sólo al principio de la zafra siguiente, la que sería su última, volvió a la vida activa y pudo reincorporarse al trabajo.

De pie a mi lado ahora, sus ojos clavados en la pequeña pantalla, no pareció darse cuenta cuando Elisa tomó su mano entre las de ella. El milagro de diez cubanos simultáneamente en silencio continuaba. Sólo las voces plásticas del televisor se oían en el patio.

Pepito y su cuñado se habían animado. Hablando vertiginosamente nos mostraban la cocina con el congelador lleno, el garaje, los automóviles, el jardín con sus flores y el césped fresco y verde. Acercándose al sofá de donde las mujeres también se habían levantado, Pepito se dirigió a su hermana:

—¡Dileh jalgo mugel! Pero, Marta, encinta de varios meses, no logró más que un suspiro mientras trataba en vano de secarse las lágrimas con el pañuelo.

En la noche de Cienfuegos se oyó claramente el primer canto de un gallo. Desde muy lejos, y hace ya mucho tiempo, otros dos le respondieron.



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)